

LA FUNCION SOCIAL DEL ESCRITOR

(DEL CONGRESO DE BUENOS AIRES)

(ESPECIAL PARA "LA NACION", POR AVION)

Los debates hasta ahora más importantes del Congreso de los Escritores han girado en torno a la función social del escritor. El tema fué expuesto por la señora Victoria Ocampo de la delegación argentina y en él han terciado Duhamel, Cremieux, Marinette, Sofia Wadia, Ludwig, Figueredo y el delegado chileno. La atmósfera estaba caldeada indudablemente y el público inmenso que asistió a la sesión primera, desbordó en manifestaciones apasionadas, especialmente cuando se dirigió a la tribuna oficial el delegado italiano Marinetti. Las corrientes adversas están claramente manifestadas por lo menos en la barra y había el temor de que la primera sesión terminara en forma desagradable. Se impuso, sin embargo, con energía el Presidente, señor Ibarguren, llamando la atención hacia la improcedencia de las manifestaciones bulliciosas.

Pero es que dentro o fuera del Congreso hay la diversidad natural y lógica de las corrientes ideológicas en que se divide la opinión general. Fascistas y antifascistas. El primer golpe lo dió Jules Romains, en la sesión solemne de apertura a la que asistieron, el Presidente Justo y su gabinete, el Cuerpo Diplomático y una numerosa concurrencia de invitados oficiales. Los argentinos, según ellos mismos han expresado, no recordaban desde hacía tiempo, una voz más elocuente y una intención más honda en los conceptos y palabras que las pronunciadas por el ilustre escritor francés, jefe del **unanimismo**. Romains es hombre de una perfecta serenidad. Además con una claridad límpida de pensamiento. En verdad era un espectáculo inolvidable, el ademán y la voz de ese hombre que se había levantado en medio de una asamblea llena con los representantes de todo el mundo y ante las autoridades más altas de este país, para defender la libertad y los dones del espíritu. Su voz no traicionó nunca su pensamiento, pues en él podía sentirse al escritor consciente de su rol en la sociedad y al hombre que comprende que no se puede ceder un punto en materia de libertad espiritual. Se puede calcular el efecto de esas palabras penetrantes, si se advierte que la ovación otorgada al escritor, constituyó una de esas manifestaciones que sobrepasan todo cálculo. El público aplaudió por espacio de más de cinco minutos, lanzando vivas a la libertad. El Presidente Justo observaba impasible en la mesa de honor, a cuyo lado estaba el escritor tan ruidosamente ovacionado, y una vaga sonrisa se dibujaba en su rostro plácido. "Lo que soñamos —había expresado Romains— es una libertad iluminada por el espíritu, la libertad de todos iluminada por el espíritu de los mejores y por aquello que el espíritu de los mejores ha logrado despertar; hacer vibrar armónicamente en el alma de todo. Contamos con la inteligencia para ayudar a destruir las viejas violencias y las viejas injusticias o con volver a disolver aquellas que tras de haber sido destruidas por primera vez, volvieron a reconstruirse desde hace poco". Y más adelante: "No es difícil señalar el lugar de la literatura en ese gran debate. No es obscuro el principio que guiará la elección. No hay literatura contra la libertad, porque no hay literatura contra el espíritu. Cuando por un extravío pasajero, la literatura se pronuncia contra la libertad, se pronuncia contra sí misma: y no tarda en purgar su falta". Toda guerra se hace contra nosotros. Queremos la paz entre los hombres, porque sin que jamás hubiera un desmentido, eso es lo que nos han enseñado desde un principio las más grandes voces del espíritu que han hablado en la tierra, y porque, a falta de sus enseñanzas, bastaría con la experiencia para demostrar que toda guerra entre los hombres deja en el suelo, no sólo las víctimas de carne, sino también un grande herido, que es el espíritu".

Pero los debates sobre el tema que hemos insinuado al comienzo, han continuado suscitando ardorosas

manifestaciones que los presidentes rotativos de esta asamblea deben reprimir en homenaje a la cordialidad del ambiente. El delegado francés, Georges Duhamel, expresó que para él la función social del escritor consiste en ayudar a comprender mejor al hombre y al mundo; es decir, cuando el escritor es en verdad un descubridor, un inventor, un detector, ya ejerza esta cualidad inmediatamente sobre los seres, los acontecimientos, los fenómenos o medianamente sobre los pensamientos y las obras de un hombre, de un pueblo, de una civilización. "Semejante al aloe, dijo —que medita largos años antes de dar su flor—, el escritor debe conocer con paciente experiencia el proceso que se propone juzgar. Debe recogerse largo tiempo antes de tomar la palabra, no tomarla sino en el momento preciso, y no decir más que lo necesario. Tendrá así la suerte de aplicar bien su fuerza y de hacerla triunfar".

Marinette expresó que la función del escritor es buscar la belleza, enteramente ajeno a las imposiciones o solicitudes de la masa. Citó a los grandes artistas que crearon una obra inmortal sin contacto alguno con las muchedumbres, uno de los cuales fué el poeta Mallarme. La delegada de India, señorita Soffia Wadia, sustentó la tesis de que el escritor debe estar al servicio de la humanidad. Al dirigirse a la tribuna, envuelta en su manto blanco y con el traje azul y su rostro moreno y fino, daba la impresión extraña de una flor en movimiento. Sobre la frente entre las dos cejas límpidamente trazadas como una línea, se veía negrear el lunar de la virtud, que según las costumbres de la India, llevan las solteras como un amuleto cuando salen a viajar por tierras extrañas. Soffia Wadia habla correctamente varios idiomas. Se expresó ese día con inusitada vehemencia en un francés purísimo. Su voz, su ademán, el movimiento de sus brazos al accionar en la tribuna alta, impresionaron a la concurrencia que aplaudió con calor. Al bajar de la tribuna en medio de atronadores aplausos, se vió a Emil Ludwig dirigirse al encuentro de Soffia Wadia, inclinarse ante ella y besarle la mano.

En la sesión del día siguiente, volvieron a producirse las manifestaciones ruidosas de la concurrencia. Para esta sesión estaban inscritos desde el día anterior, Ludwig, el escritor portugués Fidefino de Figueredo y el delegado chileno, que esto escribe. Ludwig hizo una exposición patética de su expulsión de Alemania, narró las penurias que había pasado en las persecuciones y expresó que la función social del escritor no podía ser otra que la de estar al servicio de la libertad. Su lenguaje se hizo duro y violento al recordar que sus libros habían sido quemados en Alemania y condenó por esto los gobiernos tiránicos que no respetan o no saben respetar las altas manifestaciones del espíritu. Ludwig fué interrumpido varias veces por atronadores aplausos.

El célebre escritor portugués Figueredo, abundó en idénticos conceptos, comunicando a sus palabras una pasión y un calor muy de acuerdo con el ambiente de la asamblea. Figueredo es uno de los escritores más ejemplares del Portugal y su labor literaria e histórica pasa por ser de las más interesantes del Portugal.

El delegado chileno (se permitirá, la inmodestia por una vez) definió la posición americanista del escritor y la función social que le corresponde en estos países tan distintos de Europa. Demostró que Europa desconoce a los grandes escritores de América y sus libros ni siquiera son traducidos. Agregó que la función social del escritor es materia que los americanos ya han establecido en sus novelas, en que se defiende a los oprimidos y humillados, y citó muchas de las grandes obras americanas de todos los países de este continente.

DOMINGO MELFI